

BIBLIOTECA AMERICANA

Por Ernesto MEJÍA SÁNCHEZ

NO SÉ SI AZORÍN ha muerto. He vivido los últimos meses en una biblioteca de sorpresas. La casa de Margit y Antonio Alatorre es una biblioteca con dependencias domésticas, como quería, como hizo la suya Alfonso Reyes. Hace un año murió Alfonso Reyes. (Su recuerdo se me ha vuelto costumbre del corazón.) La última persona a quien oí hablar de Azorín fue a él. Había recibido un libro suyo con una dedicatoria que conmovió los recuerdos de la etapa madrileña. Hace un año murió Alfonso Reyes; no sé si Azorín habrá muerto también.

La biblioteca es espaciosa, soleada, sorpresiva. Las humanidades y traducciones de Antonio, el romancero y los cancioneros de Margit, la "americanería andante" que yo agregué, todavía dejan lugar a los hallazgos, a las búsquedas de la alta noche. En un rincón preferido por varios meses, encontré muchos libros que fueron mis lecturas primerizas. Mi Unamuno, mi Baroja, mi Azorín. Valle, Ayala, Ortega. Y otros más históricos: Valera, Pereda, Galdós. Buenos metros de libros que no imaginamos tan cerca de sus dueños. El arraigado republicanismismo hispánico creo que a ellos se lo debo. (La hispanidad oficial que me recetaron en la adolescencia literaria y que luego sufrí en carne propia, mi juventud no ha hecho sino rechazarla.) Aquí están junto a mí las primeras lecciones de Galdós, Pereda, Valera, Ortega, Ayala, Valle. Mi Unamuno, mi Baroja, mi Azorín.

¿Por qué las hispanidades, la oficial y no poco la peregrina, y que por peregrina debía de ser más liberal, generosa y americana, me los han querido indisponer con mi Rubén Darío? Modernismo frente a noventa y ocho, ¿y por qué? Guerrillas literarias siempre las hay y la única y muy en privado fue la de Unamuno con Darío, que culminó en el primer reconocimiento valioso que se hizo al "Unamuno, poeta", artículo de Darío que se reproduce como prólogo a *Teresa* y en la arrepentida elegía de Unamuno: "Hay que ser justo y bueno, Rubén!" De Baroja tengo testimonios personales que alguna vez pondré al público. Y Azorín, el verdadero creador de la "generación del 98", no tiene más que buenas razones y recuerdos gratísimos.

En esta biblioteca he repasado unas y otros al completar y revivir mis lecturas de Azorín. La sola tipografía de los libros evoca el tiempo común en que coincidieron alguna vez. *Los pueblos* (1905), de Azorín, presentan la misma disposición de la portada de las *Tierras solares* (1904), de Darío, como que ambas obras fueron impresas por Leonardo Williams, en su "Biblioteca Nacional y Extranjera". *Opiniones* (1906), de Darío, y *España* (1909), de Azorín, salieron de las prensas de José Blass y Cía. y se vendieron en la Librería de Francisco Beltrán, calle del Príncipe, 16. Después vienen los volúmenes de Azorín editados por Renacimiento, la misma firma que publicó una

de las series póstumas e incompletísimas de Obras Completas del poeta. Azorín queda en pie; sobrevive a sus Obras publicadas por Caro Raggio y la Biblioteca Nueva, sobrevive a sus Nuevas Obras de la Biblioteca Nueva y a las otras Obras que vuelven a Renacimiento. Nunca estarán completas las Obras. Más de un centenar de volúmenes se amontona. Vienen los volúmenes de gran lujo y las ediciones populares, las reediciones y traducciones, las antologías, casi el silencio. (Para mí *Un pueblecito*, *Al margen de los clásicos*, *El licenciado Vidriera*, *Fiesta de Aranjuez en honor de Azorín*, sobrias publicaciones de la Residencia de Estudiantes, según creo vigiladas por Juan Ramón Jiménez, son las mejores. Allí aprendí a leer sin desgana.)

Tomo los *Clásicos y modernos* (1913): su comentario de los *Campos de Castilla* (1912), de Antonio Machado, "El paisaje en la poesía", se abre y se cierra con la evocación y la crítica del retrato de Machado que figura en *El canto errante* (1907). El comentario de Azorín no puede ser más halagüeño ni más transparente: "Rubén Darío, en su retrato de Machado, ha tenido una de sus genialísimas intuiciones, una de esas intuiciones puramente *instintivas*. Al hablar del poeta, al retratarlo, no nos dice *es* sino *era*: *era* misterioso y silencioso; *tenía* la mirada penetrante, profunda; se *veía* arder en él la luz de sus pensamientos... Rubén está haciendo el retrato de un hombre que fue. Sí, fue; de su envoltura terrenal no queda nada" (Cito por las *Obras Completas* de Caro Raggio, Madrid, vol. XII, p. 104; las cursivas y suspensivos son de Azorín). Más adelante, en "La lírica moderna", lo llama "nuestro gran Rubén Darío, maestro e inspirador inmediato de la actual juventud poética" (p. 184; recuérdese que Azorín aquí está refiriéndose "a Antonio Machado, por su libro *Campos de Castilla*, y a Juan Ramón Jiménez, por su volumen *Melancolía*" como a "la actual juventud poética".) En las "Notas epilógicas" del volumen señala la "crítica incomprensiva" que por esos entonces sufría Darío, "otro poeta que, al igual que Meléndez [Valdés], ha promovido un espléndido renacimiento lírico" (p. 273).

En *Los valores literarios* (1913) encuentro al pasar esta observación hecha a propósito de *Melancolía* (1912), de Juan Ramón Jiménez: "Sería preciso hacer en un estudio detenido un examen de la influencia de Rubén Darío en la poesía moderna española. Desde Rubén Darío, la poesía sigue una marcha distinta de antes..." (ed. Renacimiento, p. 201). En *El paisaje de España visto por los españoles* (1917) incluye el testimonio de Darío sobre Mallorca; cita con fruición la "Epístola a la señora de Lugones" de *El canto errante* (1907). De *Granada a Castellar* (1922) trae recuerdos de lecturas darianas: "un gran poeta que amaba intensamente a Castellar: Rubén Darío" y cita de memoria la "Salutación del opti-

mista" de los *Cantos de vida y esperanza* (1905).

Ya Alfonso Reyes planteó hace años las "simpatías y diferencias" entre "Azorín y los escritores de América" (cf. *Los dos caminos*, Madrid, 1923, pp. 30-34; ahora en las *Obras Completas* del Fondo de Cultura Económica, vol. IV, pp. 252-254). El americano Reyes formulaba al final este deseo: "Yo hago un voto para terminar: que Azorín llegue a interesarse más intensamente por las cosas de América... El día que conquistemos a Azorín —dígoelo como lo siento— podremos enorgullecernos de haber ganado un noble testigo." Ciertamente, la petición de Reyes no se cumplió por lo menos en la medida que él deseaba; pero Ercilla (ya lo anotaba Reyes), Darío y el propio Reyes tuvieron en Azorín "un noble testigo" no exento de *intensidad*. Del Ercilla de Azorín no faltará ocasión de hablar. De Darío y de Reyes, en la obra de Azorín, hemos visto algo y algo más veremos después. Podemos adelantar que a Ercilla lo conocía más, a Darío lo admiraba mucho más, a Reyes lo quería más todavía. Además del epistolario, de la dedicatoria antes referida, queda una página de fervoroso homenaje, aparecida en la revista *Telde*, de Las Palmas (Canarias), diciembre de 1957, N° 7, p. 1.

En esta biblioteca he leído por vez primera *Madrid* (Biblioteca Nueva, 1941; hay edición de Buenos Aires, Losada, 1952); copio estos renglones patéticos: "No necesito nada. Gracias a todos, señores. He sido escritor famoso, y ya no lo soy. No soy ni escritor, ni famoso. No me conoce ya nadie... He cumplido mi labor. He escrito mucho, y ya no escribo nada... No recibo ninguna carta, ni vendrá nadie a verme." Señalo una semblanza de Darío, que debe relacionarse con unas páginas de *Opiniones* y otras del *Archivo*. He releído *Los pueblos*: me sorprende una utopía como la Renouvier, utopía en el tiempo, ucronía, como una de Darío sobre Castellar (nada de Huxley o de Orwell), con la que Azorín cierra el volumen. Al "Epílogo en 1960", leído de niño, debí darle toda credulidad; hoy simplemente me aterra. El escritor se predice muerto, gozando de una confusa fama póstuma. No sé si Azorín acertó en la primera parte de la predicción (la segunda es inadmisibile), pero no puedo menos de referir el "Epílogo" de *Los pueblos* a los renglones citados de *Madrid*. Ni Barja ni Chabás ni tantos otros han reparado en él; sólo Ortega desde el primer día vio lo que sigue: "Allí no pasa cosa alguna y, sin embargo, llega entre los renglones desde una lejanía ideal el rumor de la Muerte que habla con su cortejo el Olvido" (*El Imparcial*, 13 de agosto de 1906; después en las *Obras Completas*, 1946, vol. I, p. 52). Vi a Azorín, lo estoy viendo, en su Madrid, otoño de 1952, bajo un pesado y gris abrigo invernal. El amigo, que no osó hablarle, lo saluda con las palabras de Darío: "Admirándole y queriéndole... ¡Hasta pronto, Azorín!" Y ya en silencio: "El americano Reyes lo esperó, lo esperará tras de la Puerta."